

TRIBUNA LIBRE | **MARÍA GONZÁLEZ** {Decana del Colegio de Ingenieros de Caminos de CyL}

Volverán las nieves y alguna retención de tráfico



¿Está dispuesta la sociedad a asumir una inversión mayor en las campañas de vialidad invernal para evitar atascos puntuales?



Antes de que acabe el año, y con no haber sido hasta ahora especialmente frío, es previsible que vuelvan las nieves. Un año más se cortarán durante algunas horas algunos tramos de carreteras de montaña e incluso pueden darse retenciones o atascos en vías de gran capacidad, ya sea como consecuencia de un temporal de nieve extraordinario ya sea por una mala praxis puntual en la explotación de la vía. A título de ejemplo valga recordar los cientos de automóviles atrapados en la autopista AP-6 a la altura de San Rafael el pasado mes de enero o en la autopista AP-1 entre Burgos y Briviesca en 2004-, coincidiendo con la operación retorno de Navidad.

Ciertamente, este tipo de sucesos crean alarma social e indignación -mucho más desde que existen las redes sociales, con su efecto multiplicador y de inmediatez-, pero no conviene errar el tiro ni hacer de la anécdota categoría: en España las campañas de vialidad invernal son equiparables, cuanto menos, a las de otros países europeos.

La cuestión es otra: ¿está dispuesta la sociedad a asumir una inversión desproporcionadamente mayor en las campañas de vialidad invernal para evitar -que no imposibilitar del todo- atascos puntuales? A nuestro juicio no parece razonable, del mismo modo que las autovías cuentan con dos carriles en lugar de seis -lo que propicia que se registren tráfico lento o cuellos de botella más o menos kilométricos en fechas señaladas, así la vuelta de Semana Santa o del mes de agosto-, y ello no tanto por consideraciones meramente económicas como por otras más acuciantes, las medioambientales.

Lo que sí pedimos los ingenieros de caminos, en cuanto que responsables principales de la planificación, proyecto, construcción y explotación de las infraestructuras de transporte, es una verdadera política de Estado en materia de inversión en obra pública: no hay ninguna razón -de no ser tacticismos políticos y demagogias interesadas- para abordar cuanto antes y decididamente esta cuestión, y con más razón cuando este tipo de inversiones se quieren plurianuales y no coinciden -o no deberían coincidir- con ciclos electorales. Así, convendría abrir de una vez por todas un debate entre profesionales, partidos políticos y agentes sociales para consensuar, por ejem-

plo, ¿qué carreteras queremos? ¿Preferimos que haya «66 puentes con graves problemas de seguridad» -tal como ha reconocido el propio Ministerio de Fomento en pasadas fechas, por ceñirnos tan sólo a las carreteras de titularidad estatal- o preferimos que la probabilidad de que durante unas horas esté cerrada al tráfico una carretera por culpa de la nieve sea incluso menor de la que ya de por sí es? ¿Preferimos comprar más máquinas quitánieves para que, inter alia, no se 'incendien' las redes sociales durante unas horas o preferimos rehabilitar y reforzar firmes en mal estado y así disminuir la siniestralidad y la contaminación y el derroche energético? Lo que parece claro -y evidente a cualquier conductor cuando viaja de Valladolid a Salamanca, por poner un solo ejemplo entre ciento- es que la inversión en obra pública, y muy señaladamente en su conservación, ha de ser suficiente y sostenida en el tiempo: cada euro que no se invierte en conservación ordinaria (anual) multiplica el gasto por cinco de la conservación extraordinaria.

En suma, de eso se trata, de que entre todos lleguemos a un acuerdo de largo plazo en una materia, la inversión en infraestructuras, a la que con todo derecho también cabe calificar de política social y que además juega y ha de jugar -en un futuro ya presente- un papel destacadísimo e insoslayable en la lucha contra el cambio climático y la despoblación territorial.

Un último ruego: en esta época de fake news y de infinitas 'fuentes' de información -tantas como smartphones- los medios de comunicación tradicionales, a pesar de todas las dificultades por que atraviesan, han de esforzarse más que nunca en informar con rigor, con perspectiva crítica, sin dejarse arrastrar por esas citadas 'fuentes' de información, que tanto alarman. Por nuestra parte, estamos siempre a disposición y al servicio de la sociedad.

En fin, no cabe sino esperar, como el poeta François Villon, «las nieves de antaño», que tanto bien le hacen por cierto al campo castellano y leonés. Que no quepa duda de que los ingenieros de caminos y otros profesionales y operarios de las distintas Administraciones y empresas adjudicatarias actuarán un año más con la máxima profesionalidad para bien de todos, aunque... quién sabe si no habremos de sufrir, tal vez y con justa indignación, alguna retención de tráfico: ¿por qué no?

Bello es el riesgo



EL BLOC DEL GACETILLERO
JESÚS FONSECA

Marcela Duque posee ese infalible oído poético de aquellos valles y montañas de Colombia

Es uno de los premios de poesía más prestigiosos del mundo. Nació en 1943, con el objetivo de aunar voces emergentes en lengua española. En la actualidad, la colección Adonáis, respaldada por editorial Rialp, dispone de más de 660 títulos. Una sabrosa y muy esclarecedora muestra de la evolución de la poesía española durante las siete últimas décadas.

Esta semana, la joven colombiana Marcela Duque Ramírez, se ha alzado con el Adonáis, con un poemario que lleva la belleza en el título: *Bello es el riesgo*. Le sucede a Marcela Duque, como a Kierkegaard, que su mayor placer y ocupación favorita es «meditar sobre aquello que parece más simple». Marcela es «paisa», que es como llaman en mi lindo país colombiano a los de Medellín. Una ciudad trepidante, de gente avispada -por lo general- y muy laboriosa.

«Paisa» es uno de mis poetas más cercanos: Porfirio Barba Jacob. «Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!». Fue uno de sus versos más celebrados. Una tarde, en Bogotá, Eduardo Carranza y yo, allá en Teusaquillo, llegamos a la conclusión de que ese verso se le había ido de las manos al maestro. Y decidimos corregirlo. A partir de entonces, diría así: «todo nos llega tarde... ¡hasta la vida!». Espero que Barba Jacob nos haya perdonado la osadía.

Cuento estas cosas, porque Colombia es tierra de rapsodas. Y porque Marcela Duque posee ese infalible oído poético de aquellos valles y montañas. De su desierto caribeño, sus aves multicolores, la guajira y la alegría del guarapo. Colombia, «ancha y larga, / entre sus letras». Con su sabor a guanábana. ¡Qué alegría que Marcela haya conseguido el preciado galardón! *Bello es el riesgo*, es el poema que da título al libro, y que está dedicado a Sócrates. Alguien a quien venera nuestra joven «paisa».

También a ella, le basta -como a Sócrates-, «con escuchar a una encina o a una roca», siempre que diga la verdad: «Te quiero para siempre aquí en mi casa. / Ya no sabré qué hacer cuando te marches. / Quédate, por favor, que es noche oscura. / Necesito la luz de tu mirada».

Marcela Duque pasa a formar parte de una lista, entre los que se encuentran los primeros nombres de la poesía del mundo hispano: José Hierro, Claudio Rodríguez, Gala, Colinas o Antonio Lucas. No está mal. *Bello es el riesgo*.

Me pregunto qué pensará Marcela de todo esto. De que leamos sus versos en silencio y, con ella, nos preguntemos por la vida, y por tantos porqués irresueltos. Tal vez «una morada -Dios- y buena compañía», nos basten, como a ella, para seguir caminando.